

Sobre la lengua como dispositivo de poder y el contradispositivo poético

Jorge Gómez Rendón

En el transcurso del siglo pasado se consolidaron tres movimientos reduccionistas que tuvieron su inicio mucho antes: el primero, con la invención de la escritura; el segundo, con la invención de la imprenta; y el tercero, con el surgimiento de las lenguas oficiales y los estados nacionales en Europa. El primer movimiento consolidó la subsunción de todos los fenómenos comunicativos y de todos los lenguajes dentro del lenguaje verbal (*langue*). Esta primera reducción implicó, entre otras cosas, la desvaloración epistemológica y socio-comunicativa de los lenguajes sensoriales, en particular de aquellos más directamente anclados en el cuerpo—aunque es más exacto afirmar que detrás de esta desvaloración estuvo el olvido de que todo lenguaje posible está anclado en la materialidad significativa de los cuerpos. El corolario fue la creencia y la persistencia en la monomodalidad del lenguaje, es decir, la legitimación de una sola materialidad significativa. El segundo movimiento, más reciente, redujo el lenguaje verbal a la lengua como sistema de signos, es decir, a la estructura organizativa de los mismos, olvidando su interacción dinámica en el habla, o, mejor dicho, en la interlocución. Esta segunda reducción permitió una desobjetivación del lenguaje como condición previa a su objetificación. El corolario fue una lengua desnuda de contenido social y autónoma en su accionar y evolución. El tercer movimiento, asociado directamente con el surgimiento de

los estados nacionales y sus fronteras, condujo a que la lengua antes objetivada se convirtiera en una entidad histórica vinculada con la identidad que querían construir los nacientes estados. El corolario fue una lengua territorializada que podía identificarse según coordenadas temporales y espaciales, aquello que hoy podemos identificar como “lengua española” o “lengua inglesa”, o incluso a un nivel geográfico más acotado, como “dialecto mexicano”, “dialecto peninsular”, etc.

Estos tres reduccionismos operaron conjuntamente dentro de la reflexión lingüística que inició Saussure y siguió la escuela estructuralista con el fin de construir un signo no ideológico basado en la idea de la arbitrariedad del lenguaje verbal y su desconexión no sólo de otras materialidades significantes concurrentes, sino de la misma realidad social y natural. La descontextualización de la semiosis y la despolitización del lenguaje y la comunicación, operaciones resultantes de estos reduccionismos, han impedido no sólo a las ciencias del lenguaje sino a las ciencias sociales en general comprender la lengua como un dispositivo de poder y deconstruirla mediante un contradispositivo que revierta sus características en favor de un ejercicio semiótico más democrático del lenguaje. La necesidad de un contradispositivo de lenguaje se hace urgente hoy en día, época de catástrofes socioambientales, cuando la lengua que sirve a los intereses del capital solo nos permite “hablar de las catástrofes”, pero no enfrentarlas mediante el propio lenguaje. La necesidad de un contradispositivo de lenguaje se hace urgente hoy en día, cuando el lenguaje que hablamos ni siquiera nos permite comunicarnos bien entre los miembros de nuestra especie, peor aún con el resto de los seres que habitan el planeta.

Para entender en qué consiste un contradispositivo de lenguaje, es preciso que nos ocupemos primero de la noción de dispositivo. La definición de dispositivo que ofrece Agamben es un punto de partida prometedor. Agamben define un dispositivo como “todo aquello que tiene, de una manera u otra, la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivos” (Agamben 2011: 257). A diferencia de la heterogeneidad material del dispositivo de Foucault, la heterogeneidad del dispositivo de Agamben se basa en el poder que tiene de correlacionar a los seres vivos para producir sujetos. Es importante tomar en cuenta la distinción ontológica que hace Agamben a partir de

Foucault y que tiene que ver con el reconocimiento de tres categorías de entes: los seres vivos, los dispositivos y los sujetos que resultan de la relación cuerpo a cuerpo de los primeros con los segundos. Desde la ontología orientada a objetos (también conocida como OOO), nosotros matizamos la distinción de Agamben y señalamos, con Morton (2013) que, en la trama relacional creada por los dispositivos, subjetividad y objetividad son dos categorías intercambiables dependiendo de la perspectiva. Más aún, desde la antropología posthumanista, consideramos que la categoría de “vida”, implícita en la definición de “seres vivos” de Agamben, debe ser igualmente relacional y plantearse más allá de la concepción aristotélica de “ser vivo”, para abarcar seres que en el pensamiento relacional bien pueden resultar inertes, pero que son “vivos” desde otras perspectivas ontológicas.

Como ya lo intuyera Agamben—sin llegar a desarrollarlo con todas sus implicaciones—de los dispositivos, el más antiguo—pero no sólo eso, en nuestra opinión, el más amplio de todos, si acaso el más importante por la magnitud de las relaciones que puede trazar—es precisamente el lenguaje, que en tal medida no puede ser considerado accidental, sino parte del mismo proceso de hominización (Agamben 2011: 259). Nuestra propuesta parte del reconocimiento de que el lenguaje es el principal dispositivo que produce subjetividades y objetividades, el principal dispositivo que objetiva a los sujetos y subjetiva a los objetos; en suma, el principal dispositivo que crea sujetos y objetos. Son precisamente esta naturaleza del lenguaje y el accionar que le es propio los que deben ser desmontados como punto de partida para imaginar el lenguaje como un contradispositivo posible desde lo poético.

El funcionamiento general de la lengua como dispositivo de poder en las sociedades contemporáneas ha sido esbozado por el filósofo surcoreano Buyng-Chul Han en su última obra *La desaparición de los rituales* (2020). Han sostiene que “la progresiva funcionalización e informalización del lenguaje elimina el exceso, el sobreexcedente del significante [y] eso produce el desencantamiento del lenguaje” (Han 2020: 48). Para el filósofo surcoreano, cuando en la semiosis el significante es puesto exclusivamente al servicio del significado, o, mejor dicho, de la producción de significado, el lenguaje se vuelve básicamente informativo. Esto significa que una de las principales características

del lenguaje como dispositivo de poder es su desencantamiento como producto de la disolución de las seis funciones que Jakobson identificó para el lenguaje en una sola, la función referencial, representativa o informativa. El lenguaje así operativizado no puede seducir ni jugar, solo trabaja para representar e informar.

En la misma línea, Alain Bihr (2007) identifica los mecanismos de la lengua como dispositivo de poder en el discurso neoliberal del capitalismo global. Basándose en los principios de la neolengua, que sirven como la principal forma de instrumentación del totalitarismo partidista en la novela *1984* de George Orwell, Bihr identifica dos formas recurrentes en las que opera el lenguaje del neoliberalismo: una es la inversión del sentido corriente de los términos utilizados; la otra es la obliteración de sentidos¹. Ambos mecanismos retóricos funcionarían en el marco de una operación fundamental característica del capitalismo, el fetichismo, a través del cual se cosifican las relaciones de producción y los hombres que median y son actores de ellas, al tiempo que se personifican o subjetivan las cosas dotándolas de cualidades que no poseen más que como soportes de las mismas relaciones de producción (Bihr 2007: 17)².

Aun cuando esta deconstrucción del discurso neoliberal del capitalismo puede arrojar abundante luz sobre las maneras subrepticias en que opera el lenguaje verbal como dispositivo de poder, resulta insuficiente a la hora de desmontar dicho dispositivo, pues toda comprensión integral de su accionar está supeditada a la comprensión de su naturaleza. Esta comprensión es inviable hoy en día desde unas ciencias del lenguaje que han cosificado la lengua y reducido sus materialidades significantes, desarraigándola sobre todo de la principal de ellas, el cuerpo.

En el resto de este ensayo desarrollamos una comprensión de la naturaleza del lenguaje (verbal) en cuanto dispositivo desde una visión alternativa. Luego de una caracterización

¹ Este segundo mecanismo no consiste en imponer el uso de un término o de una de sus acepciones a través de un término o sentido contrario, “sino en hacer inaccesible, impracticable, un sentido o un término por intermedio de otro que hace de obstáculo o barrera” (Bihr 2007, 14, mi traducción). De este último mecanismo retórico hemos dado cuenta en otro lugar (Gómez Rendón, 2019), donde trazamos el vaciamiento de sentido del término “intercultural” dentro del discurso neoliberal de los últimos años en Ecuador.

² Desde esta perspectiva, bien podría suponerse que al menos uno de los reduccionismos referidos con respecto a la lengua son el resultado, dentro del discurso sobre el lenguaje, de la fetichización operativa en el discurso del capitalismo, con la única diferencia de que su espacio no es la producción de bienes y servicios, sino la de conocimiento e información propia del capitalismo global.

de la lengua como sistema adaptativo complejo—punto de partida de un pensamiento des-objetificado del lenguaje—trazamos el perfil del dispositivo a partir de dos metáforas del lenguaje. Mostramos que estas metáforas nos ayudan a comprender un perfil más claro de la lengua como dispositivo, punto de partida para construir un contradispositivo poético con una orientación y una tensión diferentes en la correlación de seres que formarían parte de su trama.

La lengua como sistema adaptativo complejo

La constitución del lenguaje en objeto de conocimiento durante el siglo diecinueve implicó una reducción del carácter dinámico y heteróclito del fenómeno de la comunicación que condujo a la noción de un lenguaje-objeto. Esta objetificación del lenguaje fue perfeccionada en el siglo veinte a través del concepto saussureano de lengua como sistema de signos. Pese a que el mismo Saussure reconoce el carácter heteróclito y multiforme de los hechos del lenguaje, insiste en que la lengua, a diferencia del lenguaje, es una totalidad en sí y un objeto bien definido, de modo que, así delimitada, la lengua no sólo es de naturaleza homogénea, sino tiene incluso una naturaleza concreta (De Saussure [1916]: 37, 42). La definición de la lengua como sistema formal basado en la diferenciación de sus elementos constituyentes dio origen a la noción de estructura, perfeccionada con los trabajos de la Escuela de Praga. Pese a que Saussure no utilizó el término ‘estructura’ sino más bien ‘sistema’, en la lingüística estructural ambos se volvieron equivalentes. Esta equivalencia implicó un reduccionismo por dos razones: en primer lugar, el concepto de ‘estructura’ se enfocaba menos en la interacción y la interdependencia de elementos que en el resultado de sus relaciones, esto es, en el objeto construido a partir de ellas con un patrón definido de organización; en segundo lugar, al enfocarse más en el resultado que en la interacción y la interdependencia, desembocó en una cosificación de las relaciones en detrimento de su aspecto dinámico y social. Aun considerando estas diferencias, ‘estructura’ y ‘sistema’ impiden dimensionar la agencia de la lengua más allá de las leyes que gobiernan las relaciones entre sus elementos componentes. Hay en ambos conceptos un reduccionismo que ha resultado en la incapacidad de la lingüística de alcanzar una teoría integrada que dé cuenta de sus realidades físicas, cognitivas y sociales al mismo tiempo.

Hoy sabemos que el sistema saussureano transformado en 'estructura' es uno de varios tipos de sistemas y no precisamente el más apropiado para describir los fenómenos de la comunicación y el lenguaje. El sistema saussureano es un sistema cerrado, no-dinámico y lineal. El concepto de sistema cerrado, proveniente de la termodinámica, se convirtió en el paradigma del pensamiento sistémico del siglo diecinueve y así pasó a las ciencias sociales en los primeros años del siglo veinte. Al evaluar la total insuficiencia del concepto de 'sistema cerrado' para explicar la constante necesidad de los seres vivos de intercambiar energía, materia e información con su medio, Ludwig von Bertalanffy propuso el concepto de 'sistema abierto', entendido como aquel que mantiene interacciones hacia dentro o hacia fuera de sí (von Bertalanffy 1989). Aun cuando un sistema cerrado no es estático porque sus elementos interdependientes pueden reacomodarse en nuevos patrones de organización, carece de dinamismo precisamente porque no realiza ningún intercambio con su medio, compuesto por otros sistemas. En un sistema cerrado el cambio sólo puede obedecer a nuevas disposiciones de sus elementos, por lo que siempre es internamente causado. En virtud de esta naturaleza interna de causación, un sistema cerrado no-dinámico es al mismo tiempo lineal en la medida que es posible trazar en él una relación unívoca entre causa y efecto, lo que significa no solo que podemos identificar una causa detrás de un efecto, sino que un efecto siempre es directamente proporcional a su causa. En un sistema abierto y dinámico, por el contrario, el intercambio de energía, materia e información con el medio (otros sistemas) impide una relación unívoca entre causa y efecto, de suerte que un efecto puede tener varias causas y una causa varios efectos o incluso ninguno. En virtud de su abertura y dinamicidad, este sistema no sigue leyes deterministas y propende a la emergencia, definida como "el surgimiento de estructuras, patrones y propiedades nuevas y coherentes durante el proceso de autoorganización" (Goldstein 1999: 49, mi traducción). En un sistema abierto, dinámico y no-lineal, el orden no está predeterminado y es emergente, y el estado del sistema es irreversible y a menudo impredecible (Dooley 1997: 83). Un sistema así constituido, en las antípodas de una estructura cerrada, fija y lineal, es un sistema complejo que responde adaptativamente a su interacción con los otros sistemas que configuran su entorno, razón por la cual ha recibido el nombre de sistema adaptativo complejo (*complex adaptive system*, o CAS por sus siglas en inglés).

Si en un sistema cerrado, no-dinámico y linear la agencia queda reducida a las leyes internas que rigen la disposición de su estructura, en un sistema adaptativo complejo la agencia adquiere un perfil totalmente distinto: en primer lugar, todos y cada uno de los componentes del sistema son agentes, con lo cual, la agencia no reposa en leyes externas al sistema, o dicho de otro modo, no son leyes universales las que motivan su organización ni tampoco las que causan el cambio; en segundo lugar, al ser los sistemas organizaciones jerárquicas con múltiples niveles, la agencia en un nivel es la base de la agencia en el siguiente nivel, con lo cual es posible transitar a través de diferentes niveles sin solución de continuidad; en tercer lugar, los agentes del sistema no sólo se adaptan unos a otros sino también al medio formado por otros sistemas, con lo cual constituyen un todo coherente que no es la simple suma de sus interacciones; en cuarto lugar, al actuar conjuntamente (*parallel processing*), los agentes se influyen unos a otros, promoviendo o limitando su conducta y de este modo autoorganizándose y coevolucionando sin intervención de un control centralizado.

¿Cuáles son las ventajas de entender la lengua como un sistema adaptativo complejo? Concordamos con Beckner *et al* (2009: 2) cuando afirman que dicha ventaja radica en la capacidad de explicar, dentro de una teoría unificada, fenómenos lingüísticos que al parecer nada tienen que ver unos con otros. Según estos autores, dichos fenómenos incluirían, entre otros:

“la variación en todos los niveles de la organización lingüística; la naturaleza probabilística de la conducta lingüística; el cambio continuo en los agentes y a través de las comunidades de habla; el surgimiento de regularidades gramaticales a partir de la interacción de agentes en el uso lingüístico; y las transiciones de fase debido a los procesos no lineares subyacentes” (Beckner *et al* 2009: 2, mi traducción).

Explicar la lengua no como una estructura, sino como un sistema adaptativo complejo, es relevante para nuestro objetivo de caracterizar el lenguaje verbal como un dispositivo de poder, porque nos permite identificar algunos de sus rasgos operativos más importantes: primero, el *carácter dinámico* del intercambio de información con el medio, base para poner en funcionamiento tanto la cosificación de los sujetos cuanto la

subjetivación de los objetos; segundo, el *carácter escalar* de dicho funcionamiento, base para la determinación y el control de operaciones de diferente naturaleza (gestos, conductas, opiniones, discursos); tercero, el *carácter no-lineal* de la causalidad que determina y controla las operaciones heteróclitas arriba señaladas, base para la interacción y concurrencia de los elementos diversos que componen el dispositivo; y cuarto, el *carácter distribuido* de la agencia, que se manifiesta en el funcionamiento del dispositivo y no se ancla en uno solo de sus elementos ni en un grupo específico de seres que se correlacionan a través de ellos. Estos cuatro elementos operativos de un sistema adaptativo complejo no sólo se corresponden con los de un dispositivo, sino, como veremos, también caracterizan el lenguaje como un hiperobjeto cuyos rasgos van a persistir en todo contradispositivo poético, si bien con una orientación y una tensión diferentes.

El lenguaje como dispositivo de poder

Como el dispositivo de poder por excelencia, la lengua tiene una naturaleza particular que no puede ser caracterizada por coordenadas espaciotemporales precisas como quieren las ciencias del lenguaje, por lo que resulta más conveniente aproximarnos a ella desde una perspectiva ontológica no-tradicional a fin de entender su funcionamiento como dispositivo y al mismo tiempo pergeñar el montaje de su contradispositivo correspondiente. En ello caben dos posibilidades que resultan complementarias: la primera es una aproximación a la lengua como sujeto; la segunda es una aproximación a la lengua como hiperobjeto. A continuación, desarrollamos ambas perspectivas y demostramos que su conjugación permite consolidar una nueva perspectiva sobre la lengua, a tono con lo demostrado por la teoría de los sistemas.

La lengua como lenguaje-sujeto es dinámica y polifacética, por lo que requiere ser entendida en su integralidad multimodal—esto es, en conjunción indisoluble con otros lenguajes no-verbales y paraverbales—y en la densidad multívoca de su función simbólica—que va más allá de la simple arbitrariedad de significante y significado. La lengua como lenguaje-sujeto no está en un sujeto humano sino en muchos sujetos, y el lenguaje como capacidad semiótica no es exclusivo del hombre sino inherente a todos los seres; significa, por lo tanto, que puede estar en varios lugares a la vez y al mismo

tiempo en ninguno; significa no sólo que no existe un hablante ideal ni una sola gramática sino una variedad de ellas; significa que, en virtud de esta ubicuidad y variación, la lengua no puede ser cosificada y mucho menos reducida a la letra y sus reglas sin pérdida, apareciendo y desapareciendo en la interacción. La lengua como lenguaje-sujeto es primero performativa, luego informativa, o dicho al revés, lo informativo de la lengua no puede ser entendido sin lo performativo de la lengua: la lengua es *más acción y menos dato, más sonido y menos letra*. La lengua como lenguaje-sujeto emerge en las interrelaciones, es decir, se constituye en relación con otros objetos—geográficos, biológicos, físicos—y otros sujetos—otras lenguas y otros hablantes—de allí la necesidad de abordarla siempre con un pensamiento “ecológico”, esto es, correlacional.

Ahora bien, lo de “ecológico” en la perspectiva que ha de seguir este nuevo pensamiento de la lengua no tiene que ver propiamente con lo que estamos acostumbrados a identificar como medio ambiente—aunque podría proponerse en dichos términos según una de las interpretaciones de la ecolingüística y la ecoteoría. Desde la propia ubicuidad y virtualidad, la lengua despliega su capacidad de tejer una trama con el resto de los seres, articulándolos en redes de sentido y niveles de materialidad, y administrando dicha articulación con el mismo espíritu de lo que Agamben llama *oikonomía*. A esto es lo que nos referimos por “ecología” de la lengua como dispositivo, a saber, aquella capacidad de correlación dinámica entre elementos y la forma en que se ordena, se dispone y se organiza dicha correlación.

Si buscamos un marco filosófico que encuadre un pensamiento subjetivo de la lengua más allá de los seres humanos, pensando no solo que la facultad semiótica del mundo supera al ser humano y que su única forma de accesibilidad a los seres está dada desde un perspectivismo radical, hallaremos útil la propuesta de la nueva corriente de la ontología orientada a objetos (OOO), entre cuyos principales representantes se halla Timothy Morton. De su teoría sobre los hiperobjetos tratamos a continuación, vinculándola con el funcionamiento de los dispositivos como punto de partida para trazar el perfil del contradispositivo poético y su eficacia.

Morton propone la existencia de hiperobjetos, los cuales define como “cosas que están masivamente distribuidas en el tiempo y el espacio con respecto a los seres humanos”. Según Morton, un hiperobjeto puede ser la biósfera, el sistema solar, un agujero negro, un universo holográfico o incluso el calentamiento global. Aunque Morton mismo no identifica como hiperobjeto el lenguaje, este cumple todas las características que el filósofo inglés encuentra a propósito de los hiperobjetos, en virtud de las cuales estos trascienden la especificidad espaciotemporal y exhiben efectos no-locales que desafían la ubicación y la temporalidad, mega-objetos que pueden fragmentarse en numerosas partes sin perder coherencia.

Los hiperobjetos son **viscosos**, pudiendo adherirse a cualquier otro objeto sin importar cuánto este intente resistirse, de suerte que mientras más resistencia ofrece, mayor es la adherencia. A propósito de la lengua como dispositivo, pensemos en su capacidad de adherencia a los objetos que nombra, de suerte que la esencia de estos desaparece en el discurso y deja únicamente los nombres. *Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus*, “la rosa prístina está en el nombre, sólo nos quedan los nombres”, son las últimas palabras con que cierra la novela *El Nombre de la Rosa* (Eco 1980), *motto* de una corriente nominalista que la primera lingüística quiso superar, pero que en el intento nos hizo olvidar esa capacidad de nominalización esencial de todo lenguaje que funciona como mecanismo de representación. La viscosidad del lenguaje puede expresarse como una de las formas de la *hexis*—entendida como aquella disposición externa permanente constituida por cualidades adquiridas según los tipos—motivada por la comunión de naturaleza de los seres según categorías ónticas como axiológicas, deónticas y, en cualquier caso, correlacionales. Esta viscosidad reclama, en los seres humanos, la incorporación de la corporalidad en la producción de todo lenguaje y es el punto de partida de una comunicación multimodal.

Los hiperobjetos son también **difusos** y en tal medida **no-locales** porque, al ser masivos, es decir, al estar ampliamente distribuidos, no sólo desafían un espacio-tiempo fijo, consistente y concreto, sino que su totalidad no puede ser concebida por ninguna manifestación local en particular. En cuanto dispositivo, el lenguaje verbal desafía las coordenadas espaciotemporales, pues ningún ser humano habla una misma lengua, ni

siquiera tiene una misma gramática a lo largo de su vida, así como la conducta verbal de un individuo nunca es la misma a lo largo de unas coordenadas espaciotemporales específicas. Estos han sido los hallazgos del variacionismo en la sociolingüística de los últimos cuarenta años, los cuales han corroborado el carácter inconsistente y “líquido” de lo que la lingüística clásica insiste en denominar “estructura”. La distribución incontrolada de la lengua-dispositivo permite entender la conformación del discurso como trama recóndita cuyos efectos sentimos todos, pero que no podemos identificar u objetivar; de hecho, cuando ensayamos una determinación verbal del hiperobjeto “discurso” no hacemos otra cosa que complejizar más la trama que pretendemos desenredar. Más todavía, como ejemplo prototípico del funcionamiento de un dispositivo, la no-localidad de los hiperobjetos hace que “nada se experimente directamente, sino solamente de manera mediada a través de otras entidades en un espacio sensual compartido” (Morton 2013, mi traducción).

Desde la perspectiva de la lengua como sistema adaptativo complejo, la naturaleza difusa y no-local de la lengua es el fundamento de la agencia y la cognición distribuidas, en virtud de las cuales sabemos que no existe tal cosa como un “consenso social” que determina las formas y los significados, sino que estos son el resultado emergente del accionar de todos los agentes semióticos a lo largo del tiempo y el espacio. Al mismo tiempo, mejor que ninguna otra, esta característica abre la posibilidad insurgente sobre la que puede construirse un contradispositivo poético des-controlado, pero también, en base a la viscosidad, un contradispositivo poético potencialmente contrahegemónico gracias a su potencial de adherencia.

La **gradualidad** del hiperobjeto es la cuarta de sus características. Esta se manifiesta en el hecho de que, al ocupar la lengua un espacio de mayores dimensiones que otras entidades que percibimos normalmente, puede aparecer y desaparecer en un espacio tridimensional y al mismo tiempo mostrarse diferente a los ojos de un observador con una visión multidimensional. Al desanclarse de las coordenadas espaciotemporales del objeto y del evento, tridimensionales en ambos casos, el hiperobjeto no sólo puede ser ubicuo y virtual a la vez, sino, además, mostrarse en partes y en diferentes grados de complejidad. Esta característica está asociada con uno de los más importantes rasgos

de los sistemas adaptativos complejos, aquel de su funcionamiento escalar y organización multinivel, rasgo asociado además con la dinamicidad del sistema y la acumulación de la agencia a través de diferentes niveles. La característica heteróclita de todo dispositivo, que es la misma de la lengua, requiere para su funcionamiento una organización multinivel, de suerte que cualquier intervención de un contradispositivo no puede darse de manera integral sino fragmentada, es decir, en diferentes dimensiones, asegurando las condiciones de amplificación en un nivel para que el cambio sea llevado al siguiente nivel.

Por último, es la naturaleza **interobjetiva** del hiperobjeto la que, al unificar las características antes mencionadas, llama a una nueva ontología de los lenguajes, una ontología que, sin dejar de ser correlacional, no agota en la correlación la esencia de los objetos y deja siempre abierta la posibilidad de una nueva semiosis. Desde la interobjetividad, la lengua emergería por las correlaciones que establecen varios sujetos y objetos entre sí, de suerte que puede ser percibida solamente por la “impronta” que deja en los sujetos y los objetos. De acuerdo con Morton, lo que conocemos como intersubjetividad no sería otra cosa que una forma particular de interobjetividad. De esta forma reconoce no sólo la importancia de la materialidad—léase, la corporalidad—en el proceso semiótico, sino también lo heteróclito, dinámico y no-local de todo dispositivo. En efecto, Morton sostiene que “todas las entidades, cualesquiera que sean, están interconectadas en un sistema interobjetivo que en otro lugar he llamado ‘la red’” (Morton 2013). Para este autor, “la red consiste en vínculos, pero también de brechas entre vínculos, siendo estos vínculos y estas brechas lo que permite que ocurra la causalidad en forma expandida, hasta incluir lo que he llamado traducción” (Morton 2013, mi traducción). Para nosotros, la red no es otra cosa que el dispositivo mismo. A propósito, nótese que el mismo Agamben asegura que “el dispositivo, tomado en sí mismo, no es otra cosa que la red que se tiende entre estos elementos [el conjunto heterogéneo de cosas discursivas o no]” (Agamben 2011, 250). Por lo tanto, si, como sostiene Morton y varios representantes de la ontología orientada a objetos, el problema de la causalidad es un problema estético, o, dicho de otro modo, si la casualidad es una dimensión estética de las relaciones entre los objetos, entonces el arte cumplirá un papel fundamental en la nueva filosofía.

Características y funcionamiento de un contradispositivo poético

Nuestro punto de partida son tres premisas que exponemos a continuación. La primera es que, si bien concebimos la lengua como el principal y más acabado dispositivo de poder, por lo dicho hasta aquí entendemos por lengua un sistema heteróclito de elementos que no solo involucran lo verbal sino también otras materialidades significantes y en tal medida preferimos utilizar el término más genérico de ‘lenguaje’. La segunda es que existen dispositivos de lenguaje que no parten de lo verbal—aunque pueden incluirlo—sino de otras materialidades significantes³, y en tal medida también pueden generar contradispositivos equivalentes. La tercera premisa es que todo dispositivo puede convertirse en un contradispositivo a cuenta de que desmonte las configuraciones preestablecidas entre sus elementos, lo que significa que todo dispositivo puede generar su contradispositivo y que esta generación puede ser continua, en virtud de lo cual pueden generarse contradispositivos de contradispositivos de contradispositivos, sin solución de continuidad. Dicho esto, ensayamos una primera definición de ‘contradispositivo’ como *un conjunto heteróclito de cuerpos (objetos→sujetos, sujetos→objetos) y prácticas que se articulan a través de relaciones emergentes y alternativas que desafían aquellas establecidas por el dispositivo del lenguaje*.

Ahora bien, cabe preguntarse por qué el contradispositivo que planteamos debe ser poético. La razón se halla en lo dicho en páginas anteriores a propósito de la reducción operativa del lenguaje como herramienta informativa. Un lenguaje cuya semiosis gira en torno al significado es un lenguaje que solo refiere y representa, y este es precisamente el carácter de la lengua del capitalismo contemporáneo. Al contrario, un lenguaje poético en el que la semiosis se enfoca principalmente en el juego de los significantes y su pluralidad de materialidades puede expandir sus funciones a otras que no sean la referencial o representativa. Un lenguaje poético no solo tendrá como función principal la llamada función poética identificada por Jakobson, sino que también podrá asumir

³ Véase, por ejemplo, Caggiano (2012), a propósito de la capacidad de los dispositivos mediáticos propios de los sistemas de dominación, los cuales crean un “sentido común visual” que implica la formación de un *habitus* de la mirada.

funciones expresivas, apelativas y fáticas (Jakobson 1991). Más aún, solo un lenguaje poético podrá asumir la función metalingüística necesaria para desmontar las asociaciones de significado-significante naturalizadas por el dispositivo de poder del lenguaje capitalista y su discurso.

En suma, lo poético del contradispositivo no se basa en la articulación armoniosa del signo lingüístico o en la rearticulación ingeniosa de las palabras—como podríamos creer por la connotación popular de “poesía”. La *poiesis* del contradispositivo se explica más bien a través de una semiosis dinámica e ininterrumpida de significantes. En un (contra)dispositivo poético la semiosis—más que el signo—se distingue por tres características fundamentales:

- a) multivocidad, la relación múltiple, simétrica y, sobre todo, dinámica, entre significantes y significados o sentidos;
- b) abducción, entendida en su doble sentido como el proceso que correlaciona dos elementos disímiles y como el proceso de atracción sin causalidad material directa.
- c) multimodalidad, la confluencia de varias materialidades significantes en todo acto de comunicación

A propósito de la multivocidad, es preciso insistir, con Silverstein, que el elemento constituyente de todo lenguaje es de naturaleza irreductiblemente dialéctica y “consiste en una interacción mutua e inestable de significantes y significados cuyo contexto es el uso interesado por parte de los seres humanos mediado por la ideología cultural” (Silverstein 1985: 218, mi traducción). Más allá del “hecho lingüístico total” que reclama Silverstein, avizoramos como elemento constituyente de todo lenguaje el “hecho semiótico total”, fundamento de su construcción multívoca, su carácter dinámico, su motivación, su no-arbitrariedad y su contextualización irrenunciablemente social.

Por su parte, la abducción constituye, como ha mostrado Gell, fundamento del arte y sus lenguajes (Gell 2016). Ciertamente no podemos desconocer la base irreductiblemente

semiótica que subyace al arte, pero con demasiada frecuencia caemos en el error de adoptar un modelo lingüístico tradicional para la comprensión de su funcionamiento, cuando lo más provechoso es concebir dicho funcionamiento a partir de un tipo de inferencias semióticas conocidas como abducción, que, por definición, “son totalmente distintas de las que usamos en la comprensión de la lengua, cuyo entendimiento “literal” es cuestión de respetar ciertas convenciones semióticas, no de formular hipótesis derivadas *ad hoc* del “caso” en cuestión” (Gell 2016: 46). La importancia de la abducción para visualizar el funcionamiento de un contradispositivo poético radica precisamente en que permite asociar elementos que son disímiles no sólo por su naturaleza, sino también porque no siguen las convenciones semióticas del lenguaje establecido.

Finalmente, a propósito de la multimodalidad, Kress sostiene que “todos los signos son multimodales, es decir, efectivamente todos los signos son signos complejos y existen en un conjunto de modos semióticos diferentes. Este es un hecho en buena medida no reconocido, que el trabajo de naturalización de la lingüística se ha esforzado en oscurecer [...] No hay lengua sino a través de la copresencia de otro medio semiótico” (Kress 1993: 187, mi traducción). Aunque concordamos con Kress, es preciso que señalar que no compartimos la idea de una multimodalidad restringida, es decir, limitada a incorporar lo paralingüístico en la comunicación, pues dicha incorporación deja incólumes los cimientos sobre los que descansa la lingüística tradicional y su visión del lenguaje verbal. Nuestra propuesta va más allá: reconoce que todos los elementos humanos y no humanos del dispositivo son recursos que modelan la cognición y la comunicación y en tal medida poseen agencia, lo cual está a tono con el cuestionamiento que hace la más reciente filosofía del privilegio del ser humano en la constitución ontológica de la realidad.

A partir de estas características, resulta operativo para la construcción de un contradispositivo poético retomar la noción de “ensamblaje” propuesta primeramente por Deleuze y Guattari (1987, fr. *agencement*) y trabajada luego por Latour (2005) y Canagarajah (2017). Teóricamente cercana a la de dispositivo (Foucault 1991 [1977]; Agamben 2011) y a la de red (Morton 2013), la noción de “ensamblaje”

“nos ayuda a considerar cómo trabajan colaborativamente diversos recursos semióticos para formar un repertorio espacial en el que se basa el éxito de esta actividad, cuando el lenguaje no está definido previamente como el medio único, superior e individual que ha de ser tomado en cuenta. El ensamblaje corrige la orientación hacia los recursos no verbales en la noción de ‘multimodalidad’. Desde su perspectiva, los recursos semióticos no se organizan en modos separados. Pensarlo así nos devolvería al pensamiento estructuralista. Desde la perspectiva del ensamblaje, todas las modalidades, incluyendo la lengua, trabajan juntas y se dan forma entre sí en la comunicación” (Canagarajah 2017, 39, mi traducción).

A partir de lo dicho hasta aquí, podemos perfilar ahora el posible funcionamiento de un contradispositivo poético. Un contradispositivo poético de lenguaje que interpele el dispositivo de poder de la lengua, sobre todo de aquella desplegada en regímenes totalitarios⁴, deberá ser *una colección heterogénea de recursos semióticos sin la mediación de un control central anclado en alguno(s) de sus elementos heterogéneos privilegiado(s), por lo tanto, una colección heterogénea de repertorios de materialidades significantes necesariamente distintas pero que actuarán en correspondencia—aun cuando no tengan que hacerlo de manera simultánea, contemporánea, localizada o deslocalizada—retroalimentándose unos a otros sinérgicamente, permitiendo un desplazamiento continuo de las relaciones entre recursos semióticos, pero también, y esto es lo fundamental, un desplazamiento ininterrumpido del significado a través de los sentidos.*

En este punto distinguimos, siguiendo la propuesta de Levinas, la naturaleza del sentido (*Sinn*) de la naturaleza del significado (*Meinung/Bedeutung*) en la medida que el primero requiere siempre de una cualificación contextual y por lo tanto es más pluralista y fluido, de manera que puede vincularse a una multiplicidad de sitios de origen. Por su parte, el

⁴ La lengua del logo-gloto-grafocentrismo que ha construido Occidente como dispositivo de poder se caracteriza, entre otras cosas, por privilegiar modalidades (como la voz o la letra) a las cuales añade un valor intrínseco, a partir del cual produce exclusiones y divisiones al interior de la sociedad. Es esta misma lengua aquella que, en su versión capitalista tardía, se ha convertido en la neolengua que codifica estructuras de pensamiento codificadas en expresiones fijas que toman la forma de colocaciones, giros idiomáticos, jergas profesionales, bien al modo de invertir sentidos o vaciarlos.

significado es siempre la actividad intencional de un ego (*Meinung*) y requiere una constitución previa en el discurso (*Bedeutung*) (Drabinsky 2001: 25-27). Sólo una semiosis dinámica productora de sentidos plurales puede desestructurar las estructuras preestablecidas de significado que se han vuelto “sentidos comunes” y hacer frente al dispositivo de poder de un lenguaje cualesquiera sean sus materialidades significantes. Esta semiosis dinámica se lograría a través de lo que Han (2020) llama una sobreabundancia de significante, idea que propusiera ya en 1949 Lévi-Strauss para explicar la eficacia simbólica de la magia y el curanderismo. En efecto, como sostiene el filósofo surcoreano, sólo “el principio poético devuelve al lenguaje su gozo al romper radicalmente con la economía de la producción de sentido” (Han 2020: 46)

Si el desplazamiento continuo de relaciones entre materialidades significantes y de sentidos está en la esencia del funcionamiento de un contradispositivo poético, entonces la metáfora jugará un papel fundamental en la creación de una sobreabundancia de significantes que haga estallar los significados establecidos y proliferar sentidos plurales, contextualizados y fluidos. La metáfora puede hacer que el lenguaje deje de trabajar para la información y la representación y empiece a jugar de modo que nos permita entablar nuevas relaciones con el mundo. La metáfora es la forma poética más acabada de la abducción, la multivocidad, la multimodalidad y la interobjetividad que está en las raíces ontológicas de lo real. La importancia de la metáfora radica precisamente en lo que Morton, a propósito de la red, ha llamado “traducción”. La “traducción” es efecto de la interobjetividad y se manifiesta como causalidad cuando pasamos de objeto a objeto. En palabras de Morton, “el ajuste de fase [*phasing*, que párrafos atrás llamamos “gradualidad”] tiene lugar porque un objeto traduce a otro objeto y es una característica de cómo los objetos se afectan unos a otros en general” (Morton 2013: 77, mi traducción)⁵. En esta medida, la función del contradispositivo será precisamente la de posibilitar nuevas matrices de sentido que permitan la traducción entre objetos disímiles por su materialidad o por su pertenencia a distintas correlaciones previas. No obstante,

⁵ A su vez, el accionar metafórico de la traducción entre objetos tiene como resultado signos indéxicos—es decir, índices de todas las correlaciones entre objetos (cuerpos) y prácticas (sujetos) que conforman el (contra)dispositivo. Por lo tanto, se trata de un mecanismo metonímico a través del cual es posible tener indicio del funcionamiento de todo el (contra)dispositivo (cf. Morton 2013: 77-78).

la traducción interobjetual también puede anquilosarse en formas fijas, preestablecidas, que impiden la materialización de lo poético. Esta posibilidad de anquilosamiento nos lleva a preguntarnos sobre las limitaciones de todo dispositivo poético, cosa que discutimos en la sección final de este artículo.

A manera de conclusión: las fronteras del contradispositivo

La primera frontera de todo dispositivo está dada por las condiciones históricas de su emergencia, las cuales están determinadas, al menos parcialmente, por las características del dispositivo previo cuya configuración de relaciones busca desmontar. Una segunda frontera viene dada por las limitaciones que le impone la materialidad de sus componentes, la cual condiciona a su vez las relaciones posibles entre ellos. La tercera frontera viene dada por el alcance de un estado homeostático de las relaciones entre sus componentes, cuando uno de ellos ha alcanzado una posición central (de poder) con respecto a los demás. La cuarta frontera del contradispositivo—posiblemente la más decisiva—está dada por su naturaleza hiperobjetual, que, como la de cualquier dispositivo, impide dimensionar su funcionamiento en conjunto y sopesar sus efectos, con lo cual persiste la posibilidad de su reconversión en un dispositivo de poder. Por eso, la construcción de contradispositivos hace siempre necesaria la experiencia de la incertidumbre y el ejercicio permanente de la duda. Una ética de contradispositivos será la de un pensar siempre en clave menor y un actuar siempre sin pretensión de trascendencia.

Bibliografía

Agamben, Giorgio. “¿Qué es un dispositivo?”, *Sociológica*, 26(73), pp. 249-264.

Beckner, Clay, Blythe, Richard, Bybee, Joan, Christiansen, Morten, Croft, William, Ellis, Nick, Holland, John, Ke, Jinyun, Larsen-Freeman, Diane, y Schoenemann, Tom. “Language is a complex adaptive system. Position paper”. En N. Ellis y D. Larsen-Freeman, editores. *Language is a complex adaptive system*, pp. 1-26. Nueva York: Wiley Blackwell, 2009.

- Bertalanffy, Ludwig von. *Teoría General de los Sistemas. Fundamentos, desarrollo, aplicaciones*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1989
- Bihl, Alain. *La novlangue néolibérale. La rhétorique du fétichisme capitaliste*. París: Édition Page deux.
- Caggiano, Sergio. *El sentido común visual. Disputas en torno a género, "raza" y clase en imágenes de circulación pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2012.
- Canagarajah, Suresh. "Translingual practice as spatial repertoires: expanding the paradigm beyond structuralist orientations", *Applied Linguistics*, 2018, 39(1), pp. 31-54.
- De Saussure, Ferdinand. *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1945.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos, 2002
- Dooley, Kevin. "A complex adaptive systems model of organization change", *Non-Linear Dynamics, Psychology and Life Sciences*, 1(1), 1997, pp. 70-97.
- Drabinski, John. *Sensibility and singularity. The problem of phenomenology in Levinas*. Nueva York: State University of New York Press, 2001.
- Eco, Umberto. *Il nome della rosa*. Roma: Bompiani, 1980.
- Foucault, Michel. "El juego de Michel Foucault", en Foucault, M. *Saber y verdad*, trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid: Ediciones La Piqueta, 1991, pp. 127-162.
- Gell, Alfred. *Arte y agencia. Una teoría antropológica*. Buenos Aires: Sb Editorial, 2016.
- Goldstein, Jeffrey. "Emergence as a construct. History and issues", *Emergence* 1(1), 1999, pp. 49-72.

- Gómez Rendón, Jorge. "Interculturalidad. Itinerario de un concepto", *Letras del Ecuador* 210, 2019, pp. 56-62.
- Han, Byung-Chul. *La desaparición de los rituales. Una topología del presente*. Barcelona: Herder, 2020.
- Jakobson, Roman. 'Linguistics and Poetics'. En Newton K.M. (ed.) *Twentieth-Century Literary Theory*. Palgrave, Londres. https://doi.org/10.1007/978-1-349-25934-2_16
- Kress, Gunther. "Against arbitrariness. The social production of the sign as a foundational issue in critical discourse analysis", *Discourse and Society* 4(2), 1993, 169-191.
- Latour, Bruno. *Reassembling the social: an introduction to actor-network theory*. Oxford: Oxford University Press, 2005.
- Morton, Timothy. *Hyperobjects. Philosophy and Ecology after the end of the world*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2013.
- Sebeok, Thomas y Umiker-Sebeok, Jean. *Sherlock Holmes y Charles Peirce. El método de la investigación*. Madrid: Ediciones Paidós, 1994.
- Silverstein M. 1985. "Language and the culture of gender: at the intersection of structure, usage and ideology". En Mertz E, Parmentier R, eds. 1985. *Semiotic Mediation*, pp. 219–59. New York: Academic.